

Citius, Altius, Fortius

Humanismo, Sociedad y Deporte: Investigaciones y ensayos.

Comité Olímpico Español



Centro de Estudios Olímpicos
de la
Universidad Autónoma de Madrid

Volumen 4 nº 1 Mayo 2011

Citius, Altius, Fortius

SUMARIO

Presentación	4
Introducción	6
Estudios e Investigaciones	
. Manuel VIZUETE CARRIZOSA, Arnoldo ORTIZ IÑIGUEZ y Zacarías CALZADO ALMODÓVAR, Antonio RIVERO HERRÁIZ <i>Dioses, héroes, atletas, y pensamiento mítico paralelo de griegos y aztecas</i>	7
. Diego Pablo MUÑOZ CASTILLO <i>La Epopeya de Gilgamesh: La primera representación de lucha mesopotámica. El inicio de los primeros pasos de la cultura física en la base de nuestro primer substrato cultural</i>	27
. William W. KELLY <i>Normalidad olímpica: Por qué Beijing 2008 no fue excepcional</i>	55
. Luis V. SOLAR CUBILLAS <i>Nazismo y deporte, Los Juegos Olímpicos de Berlín en 1936</i>	73
. Pablo Faustino PINTOR MAYA y Manuel PINTOR GARCÍA <i>Adolescentes, deporte y violencia. Acercamiento empírico. El ideario del deporte olímpico como alternativa</i>	107
. Reseñas y notas	138
Tesis doctorales	142
Los Autores	145
Normas para la presentación de originales	149

NORMALIDAD OLÍMPICA: POR QUÉ BEIJING 2008 NO FUE EXCEPCIONAL

William W. Kelly

Universidad de Yale (Estados Unidos)

Fecha de recepción: Noviembre 2010.

Fecha de aceptación: Marzo 2011.

Resumen:

Los Juegos de Beijing dieron una poderosa oportunidad a China para dar a los Juegos Olímpicos una dimensión asiática y a la comunidad internacional para hacer una China más cosmopolita. Fueron un instrumento por el cual Beijing pudo reclamar su lugar como ciudad global y fueron un escenario en el que las rivalidades regionales, políticas y económicas pudieron dirimirse, magnificarse o minimizarse en clave deportiva. Por haber tenido lugar en múltiples contextos geopolíticos e históricos, cualquier valoración de sus efectos debe considerarlos como los quintos juegos de su clase celebrados en Asia después de un siglo de relaciones asiáticas con el *Movimiento Olímpico* a escala mundial. La cuestión de la excepcionalidad es el objeto de este artículo ¿Fueron los Juegos de 2008 únicos y especiales o encajan dentro de la pauta normal en la historia de otros Juegos Olímpicos? ¿Han ejercido los Juegos chinos un papel transformador en el *Movimiento Olímpico*? ¿Han supuesto un hecho aislado en la propia historia contemporánea de China?

Palabras claves: Juegos Olímpicos, Movimiento Olímpico, Juegos Olímpicos *Beijing 2008*.

OLYMPIC NORMALCY: WHY BEIJING 2008 WASN'T EXCEPTIONAL

Abstract:

The Beijing Olympics were a potent opportunity for China to bring an Asian dimension to the Olympics and for the world community to make China more cosmopolitan. They were a means by which Beijing could claim its place as a global city, and they were a stage in which regional political and economic rivalries could be played out or played up or played down in a sporting idiom. Because they took place in multiple geopolitical and historical contexts, any assessment of their effects must appreciate them as the fifth such Games held in Asia, held after a century of Asian connections to the world-wide Olympic Movement. This question of exceptionalism is what I take up in this article. Were the 2008 Olympics special and unique, or did they fit within the normal range in the history of other Olympics Games? Have the Chinese Games play a transformative role in the Olympic Movement, and have the Games played unique role in China's own contemporary experience?

Key words: the Olympic Movement, the Olympics Games, the 2008 Beijing Olympics Games.

1. Introducción

Durante más de un siglo, los Juegos Olímpicos han estado en el ápex de lo que hoy es un mundo deportivo global, marcando el calendario deportivo mundial a un ritmo cuatrienal. Atraen a la mayor concentración de seres humanos del planeta a una ciudad y a una nación durante varias semanas para lo que el distinguido académico olímpico John MacAloon nos recuerda que son juegos deportivos, festivos, rituales y gran espectáculo; todo ello envuelto en un intenso,

colorido y a menudo polémico alarde.

⁵² Los Juegos Olímpicos son ciertamente “Juegos”, pero tienen tanto que ver con la economía y la política, como con jugar, y tienen tanto que ver con el patriotismo y el beneficio económico, como con la deportividad.

Los Juegos de Beijing dieron una poderosa oportunidad a China para dar a los Juegos Olímpicos una dimensión asiática y a la comunidad internacional para hacer una China más cosmopolita. Fueron un instrumento por el cual Beijing pudo reclamar su lugar como ciudad global y fueron un escenario en el que las rivalidades regionales, políticas y económicas pudieron dirimirse, magnificarse o minimizarse en clave deportiva. Por haber tenido lugar en múltiples contextos geopolíticos e históricos, cualquier valoración de sus efectos debe considerarlos como los quintos juegos de su clase celebrados en Asia después de un siglo de relaciones asiáticas con el *Movimiento Olímpico* a escala mundial.

La XXIX Olimpiada se inauguró en la propiciatoria fecha de 8/8/2008. Durante gran parte de aquel año, los Juegos del 2008 fueron un válido ejemplo de lo que Gary Whannel definió inusitadamente como “*contexto vórtice*”.⁵³ Con este sagaz neologismo expresaba la fuerza de ciertos acontecimientos para dominar la cobertura de los medios y el interés del público de tal manera que ya no prestamos atención a otros sucesos. Whannel acuñó el término para referirse no solo a la intensidad de la cobertura y a los hiperbólicos reportajes y comentarios. También subrayó un efecto “alimentación” por el cual los medios (y las opiniones académicas y del público) se ven inmersos en un torbellino de auto referencias de atracción mutua y competición por influir. Con rivalidad frenética, los medios se siguen unos a otros en cobertura y la cobertura misma se transforma en materia para más cobertura. Los grandes desastres naturales como el tsunami del Océano Índico de 2004, acontecimientos públicos como la muerte de la Princesa Diana y los sucesos de la economía global como la crisis financiera de 2008 pueden monopolizar los medios y succionar el aire de la cobertura y el interés de otros acontecimientos. Los grandes espectáculos del deporte global como la Copa del Mundo de la FIFA y los Juegos Olímpicos pueden producir también un “*contexto vórtice*”. En 2008, según se aproximaban los Juegos de Beijing, los temas olímpicos nuevamente dominaron muchos espacios mediáticos nacionales e internacionales con los análisis académicos y periodísticos de las protestas, la publicidad y la propaganda.

Desde la aventajada posición de 2011, ¿generaron los Juegos de Beijing un “*contexto vórtice*” tan intenso? Los Juegos ciertamente agotaron mucho tiempo, muchos recursos comerciales y mucho consumo popular. Desde el encendido de la llama olímpica, hasta los conflictos en las calles de Lasha, pasando por los fuegos artificiales de la inauguración en el Estadio del Nido o el apagado de la pira olímpica en la clausura, los eventos del año olímpico aglutinaron continuamente la cobertura mediática y la opinión pública. Los americanos tuvimos más noticias de

⁵² MacAloon, ‘Olympic Games and the Theory of Spectacle’, 241-2.

⁵³ Whannel, *Media Sport Stars*, 206-7. (N. T.: *vortexuality* en el original.)

Michael Phelps, el niño del póster, de su físico y de su madre y de la foto de meta más famosa en la historia olímpica, que sobre la mayor parte de todo lo demás en el mundo deportivo o en cualquier otro durante el mes de agosto.⁵⁴

La saturación de los medios (y de la gestión, según algunos) fue mucho mayor en China, pero se les prestó atención de forma muy generalizada en todo el mundo. El análisis más completo hasta la fecha ha sido el de los 26 artículos del diario especial publicado por Qing, que transmitió un proyecto internacional de investigación patrocinado por el COI, que coordinó a 13 equipos de investigadores de todo el mundo y estudió la cobertura mediática del relevo de la llama, las ceremonias de apertura y clausura y los propios Juegos en diez países y cuatro continentes.⁵⁵ Este proyecto evidencia además el acopio de escrutinio académico y de exposición mediática dedicados a los Juegos del 2008. Los períodos previo y posterior a los Juegos han producido una abundancia de conferencias, números especiales de publicaciones periódicas y libros.⁵⁶ Estos estudios evidencian multitud de formas de analizar los Juegos de Beijing y de valorar sus consecuencias para China y para el Movimiento Olímpico, además de que constituyen un inestimable archivo para el Movimiento Olímpico contemporáneo.

Gracias a los persistentes esfuerzos del francés Baron de Coubertin, se celebró en Atenas, en 1896, un festival de Juegos Olímpicos que marcaron el comienzo del moderno Movimiento Olímpico. A finales del siglo XX los Juegos (que desde 1924 fueron divididos en Juegos cuatrienales de verano y de invierno) se habían convertido en la mayor concertación deportiva periódica del mundo. La imponente afluencia de atletas, espectadores, medios de comunicación e intereses comerciales convierten a los Juegos Olímpicos en un auténtico “macroevento”, un torbellino de esfuerzo individual, orgullo cívico, sentir nacional y camaradería global.

Los primeros Juegos Olímpicos programados en Asia fueron los preparados para Tokio en 1940 (y los Juegos de invierno a celebrarse en Sapporo aquel año). El estallido de la *Segunda Guerra Mundial* obligó a la suspensión de lo que Sandra Collins ha denominado los “Juegos ausentes”.⁵⁷ Los Juegos no llegaron a la región hasta 1964, cuando los Juegos de Verano fueron acogidos en Tokio. Desde entonces, los Juegos de Invierno se han celebrado en Japón dos veces (en Sapporo en 1972 y en Nagano en 1998) y los Juegos de Verano se han celebrado en Seoul en 1988 y ahora en Beijing en 2008. Vale la pena destacar además las muchas solicitudes sin éxito presentadas por ciudades asiáticas en las

⁵⁴ Dyreson, ‘Reading American Readings,’; Min & Zhen, ‘Mirroring the Olympic Games’.

⁵⁵ Qing, ed. ‘Encoding the Olympics: The Beijing Olympic Games and the Communication Impact Worldwide’.

⁵⁶ See especially, Brownell, *Beijing’s Games*; Caffrey, ed., ‘Promoting China in the World’; Cha, *Beyond the Final Score*; Close, Askew, and Xu, *The Beijing Olympiad*; Hong and Mangan, eds., ‘Post-Beijing 2008’; Jarvie, Hwang, and Brennan, *Sport, Revolution and the Beijing Olympics*; Mangan, ed., ‘Preparing for Glory—Beijing 2008’; Martinez, ed. ‘Documenting the Beijing Olympics’; Price and Dayan, eds., *Owning the Olympics*; Qing, ed., ‘Encoding the Olympics’; and Xu, *Olympic Dreams*.

⁵⁷ Collins, *The 1940 Tokyo Games*.

últimas décadas. Más recientemente, Tokio organizó una esforzada campaña para acoger otra vez a los Juegos en 2016. Perdió a favor de Río de Janeiro, pero el alcalde de Tokio se compromete a persistir en su empeño. Pyeongchang, Corea de Sur,⁵⁸ postula por tercera vez para acoger los Juegos de Invierno, ahora los de 2018.

Cada vez que los Juegos han vuelto a Asia, la región ha salido engrandecida en escenario internacional y los Juegos mismos han crecido enormemente en importancia. En los Juegos de Beijing de 2008, el grado de planificación, la altura de las inversiones, el nivel de los actos y la amplitud de la cobertura mediática excedieron incluso los de los Juegos anteriores en Atenas en 2004. Durante el período previo a los Juegos de Beijing, el interés académico y general se centró en dos aspectos principales. ¿En qué formas y hasta qué punto los Juegos de Beijing 2008 estaban modificando el *Movimiento Olímpico* como conductor deportivo global y los Juegos Olímpicos como macro acontecimiento mundial y, a la inversa, en qué formas estaba cambiando China tras la experiencia de los Juegos?

No sorprende que estas cuestiones hayan atraído de tal manera la atención del mundo. La crítica relevancia que el Este asiático tiene para los Juegos y los Juegos para el Este asiático se debe a dos paradojas que han estado en el centro de los Juegos modernos durante más de un siglo. La primera es la paradoja de un movimiento de orígenes muy particulares en las postrimerías del siglo XIX en la Europa occidental cuya filosofía aspira a alcanzar valores universales. ¿Es el olimpismo simplemente un atleticismo espiritual occidental que se atribuye una preeminencia global o es que los atletas asiáticos y las naciones anfitrionas asiáticas han conseguido dar al olimpismo una visión verdaderamente global?

En segundo lugar, el *Movimiento Olímpico* conlleva una tensión fundamental entre la ilusión por participar y la atracción por competir y entre los atletas como individuos y como representantes de las naciones. Ciudades y países rivalizan ferozmente por el derecho a organizar los juegos e intentan darles su temática y su sabor particulares. Las federaciones deportivas y los medios de comunicación nacionales amenazan siempre con convertir los Juegos en competiciones por el prestigio nacional. ¿Son los juegos una festiva concentración de atletas del mundo o un feroz torneo de patrullas nacionales? ¿De qué formas los diversos Juegos Olímpicos celebrados en Asia han contribuido al desarrollo de las capitales, a la política nacional, a las relaciones regionales de Japón, Corea del Norte y del Sur, China, Hong Kong y Taiwan?

No sorprende que ambos debates hayan condicionado gran parte del contenido de los medios de comunicación y de las valoraciones académicas sobre los Juegos de Beijing 2008, tanto durante el propio año olímpico como ahora que se continúa creando legado postolímpico. Los vemos presentes en una de las cuestiones más fundamentales de estos últimos juegos asiáticos: ¿Fueron los Juegos de 2008 únicos y especiales o encajan dentro de la pauta normal en la

⁵⁸ N. T.: No confundir con Pyeongyang, en Corea del Norte.

historia de otros Juegos Olímpicos? ¿Han ejercido los Juegos chinos un papel transformador en el Movimiento Olímpico? ¿Han supuesto un hecho aislado en la propia historia contemporánea de China? La cuestión de la excepcionalidad es la que abordo en este artículo.

La cobertura mediática y la crítica general han subrayado abrumadoramente la singularidad de los Juegos Olímpicos de Beijing. Abundan los ejemplos. Es el caso de Nicolai Ouroussoff, el célebre crítico de arquitectura del *New York Times* que llegó a Beijing un mes antes de los juegos para examinar los nuevos edificios olímpicos y comenzó un largo y prolíficamente ilustrado artículo, que apareció en la primera página del número del domingo, 13 de julio, en una prosa más bien estupefacta:

*“BEIJING.- Si los occidentales se sienten aturcidos y confusos al salir del avión en el nuevo aeropuerto internacional de aquí, es comprensible. No es solamente la grandiosidad del espacio. Es la ineludible sensación de que estás traspasando las puertas de otro mundo, uno cuyo feroz ímpetu de cambio ha dejado a las naciones occidentales a la cola”.*⁵⁹

Un tono de tamaño sensacionalismo no era en absoluto inusual en las páginas ni en las ondas de los medios del mundo a medida que se acercaba el 08/08/2008 y contribuyó a crear un alo de importancia y suspense singulares. Ciertamente produjo una poderosa temática de la diferencia. Estos eran distintos a todos los juegos anteriores, nos dijeron y nos mostraron, y la repetición de esta temática, desde la inauguración hasta la clausura, desde tantos ángulos y con tan vertiginosa rotación, terminó por convertirse en referente de sí misma.

La singularidad de Beijing 2008 fue para algunos una diferencia de cultura radical — la alteridad radical de lo asiático o el efecto de “...traspasar las puertas de otro mundo...” en palabras de Ouroussoff. Pero además de ese periodismo tan superficial, hay también concienzudas voces académicas que afirmaron que desde Grecia, manantial de la civilización occidental (Atenas 2004), a China, cuna de la civilización asiática, en 2008 los Juegos Olímpicos estaban por fin saliendo del provincianismo de su filosofía eurocéntrica hacia unos fundamentos filosóficos verdaderamente globales.

Para otros, la singularidad de Beijing 2008 estaba en una diferencia de política, no de cultura. La política ha estado en los Juegos Olímpicos desde sus inicios en 1896, como han puntualizado Mandell, Smith y otros académicos.⁶⁰ Sin embargo, muchos comentaristas han advertido que Beijing 2008 representó un nivel completamente diferente de politización y de planificación social nacional. La represión en Tibet y en Ürümchi, las detenciones de críticos olímpicos locales, la marginación más bien violenta de manifestantes hacia apartadas zonas de aparcamiento, las restricciones en el tráfico y en las fábricas, la demolición de

⁵⁹ Ouroussoff, ‘In Changing Face of Beijing, a Look at the New China’.

⁶⁰ Mandell, *The First Modern Olympics*; Smith, *Olympics in Athens, 1896*.

viejos bloques de viviendas para dar espacio a las edificaciones olímpicas, el bloqueo generalizado de sitios web, estos casos y otros dejaron constancia para muchos de que los esfuerzos del gobierno chino para organizar los actos, para dictar las noticias y para controlar la acogida nacional e internacional de los Juegos excedieron en calidad a otros intentos similares en la historia olímpica. Como demostraron las perspicaces movilizaciones contra las ceremonias del *Relevo de la Antorcha Olímpica*, la excesiva ambición propagandística del estado chino se encontró con protestas igualmente decididas y estratégicamente sagaces en muchas partes del mundo en una escala sin precedentes.

Sin embargo, en retrospectiva, creo que vale la pena repasar esta cuestión de la excepcionalidad y considerar de nuevo si la XXIX Olimpiada fue realmente tan divergente de las veintiocho anteriores, cultural o políticamente. ¿Resultaron ser los Juegos de Beijing un punto de partida radical y por ello un momento transformador en la trayectoria histórica del Movimiento Olímpico? ¿La represión oficial y las protestas populares de aquel año sobrepasaron los niveles de encuentros olímpicos anteriores? ¿Las posibilidades de una nueva visión deportiva asiática que dieron ímpetu a la programación de los anfitriones chinos fueron suficientes para dar un nuevo marco a la estructura y a los propósitos de los Juegos Olímpicos? ¿Qué hicieron los Juegos Olímpicos por y para China y qué han hecho los Juegos de Beijing por el Movimiento Olímpico?

La opinión que voy a defender aquí es que estos Juegos no han resultado ser una ocasión tan excepcional ni tan transformadora del *Movimiento Olímpico* como parece y lo creo así porque veo cuatro factores que han operado para normalizar y mantener dentro de lo rutinario a esta Olimpiada y a sus Juegos.

- En primer lugar están las formas en que la participación en el Movimiento Olímpico y sus elementos constitutivos se han ido regularizando a lo largo de un siglo de purificación de los procedimientos.
- En segundo lugar el efecto restrictivo de lo que yo llamo temporalidad olímpica.
- Un tercer elemento es la bien prolongada e infravalorada historia de implicación del Lejano Oriente en el *Movimiento Olímpico*, dentro de la cual debemos situar a Beijing 2008, lo que debe prevenirnos contra las actuales calificaciones de novedad y las posibilidades de transformación.
- Y finalmente, están las múltiples y entrecruzadas paradojas sobre las que se construye el *Movimiento Olímpico* y de las cuales no pueden escapar fácilmente los excesos de Beijing 2008.

En este artículo, abundaré sobre estos argumentos con el fin de cuestionar las calificaciones de excepcionalidad y situar la Olimpiada de Beijing dentro del más amplio mundo institucional del *Movimiento Olímpico* y la larga trayectoria histórica de implicación del Lejano Oriente en este *Movimiento*. Debo apresurarme a advertir, de entrada, no obstante, que calificar a los Juegos de Beijing de

“normales” puede parecerles extraño, incluso perverso, a algunos lectores. En parte, porque los Juegos Olímpicos de por sí están lejos de ser encuentros deportivos normales y el *Movimiento Olímpico* no se parece a ninguna otra organización deportiva del mundo. Los Juegos Olímpicos están quizá en el centro de nuestra conciencia deportiva global, pero como alarde multideportivo de alcance global, montado por una institución gestora supranacional, son un fenómeno deportivo demasiado inusual para tenernos tan pendientes. A diferencia de la Copa del Mundo de la FIFA, el Super Bowl de Fútbol Americano, Wimbledon or los Campeonatos del Mundo de Patinaje Artístico o la Copa Mundial de Cricket, los Juegos Olímpicos son el único “macroencuentro” que es una concentración multideportiva. Y a diferencia de los demás campeonatos deportivos del mundo, tiene que ver tanto con la fiesta como con la competición y tiene que ver tanto con la concentración de participantes como con la coronación de los ganadores.

La fuerza de los Juegos Olímpicos viene del hecho de ser tan diferentes de los encuentros deportivos modernos al uso que tienen tanto atractivo popular y tanto interés comercial. Y la compleja articulación de un autocopiativo Comité Olímpico Internacional (su panel ejecutivo y sus comisiones) con las federaciones deportivas internacionales, los comités olímpicos nacionales y los comités organizadores locales anfitriones es un patrón singular de gestión global. De hecho, argumentaré, es la propia anormalidad de los Juegos lo que hace tan difícil para personas y cosas que caen en su órbita escapar a su campo de atracción. En este sentido, los de Beijing 2008 no fueron Juegos excepcionales; tuvieron muchos elementos distintivos —y disruptivos— pero a consecuencia de las cuatro características de la historia olímpica moderna mencionadas, insisto, fueron mucho menos excepcionales de lo que muchos creen.

2. “Participación olímpica”: una trayectoria de normalización

Los Juegos de Beijing demuestran lo que podemos apreciar, en retrospectiva, como una senda común por la que ahora los países (y las regiones del mundo) se trasladan desde la periferia hasta el centro del *Movimiento Olímpico*. La secuencia de compromiso gradual y de ascenso, como podemos ver, sigue un esquema común:

- a. La primera aspiración de un país es simplemente participar en los Juegos Olímpicos y en la gestión del COI, y se manifiesta por la presentación de una delegación que pueda desfilar en la ceremonia de inauguración y por la organización de un Comité Olímpico Nacional para conseguir un voto en la asamblea del COI. La cobertura mediática incluirá inevitablemente fotos de uno o varios atletas desfilando detrás del portaestandarte y del portador del nombre de un nuevo o periférico país del COI que ha conseguido rebañar los recursos justos, solo los justos, para enviar una mínima representación. En 2008 hubo 205 Comités Olímpicos Nacionales: excedieron en número a los 192 estados miembros de las Naciones Unidas.

- b. La participación inicial habitualmente conlleva el incentivo y la presión para empezar a ganar medallas en los Juegos. El éxito en la competición se convierte en el marchamo de los países con un nivel de participación en alza y la entrada en la rivalidad por el mayor número de medallas es la medida para convertirse en una potencia olímpica.
- c. Otra señal de estatus creciente en el *Movimiento Olímpico* es conseguir que se acepte un deporte nacional como deporte de exhibición y, mejor aún, como deporte oficial de los Juegos Olímpicos. Al judo se le concedió estatus oficial para los Juegos de Tokio de 1964. En los Juegos de Seoul de 1988 al taekwondo se le concedió estatus de exhibición y en 2000 pasó a ser deporte olímpico oficial. En los Juegos de 2008 el COI rechazó las solicitudes para incluir al wushu (una variante de las artes marciales chinas) entre los deportes reconocidos, ni siquiera como deporte de exhibición, aunque al comité organizador de Beijing se le permitió presentar un torneo extraoficial.
- d. Más prestigio aún da, por supuesto, ser sede de los Juegos y los países anfitriones forman un grupo selecto de miembros del COI. Los 30 Juegos de Verano (incluyendo Londres 2012) se han celebrado solo en 18 países y los 22 Juegos de Invierno (incluyendo Sochi 2014) han tenido lugar en un total de 10 países, siete de los cuales han organizado también los Juegos de Verano.
- e. Finalmente, las polémicas en torno a los Juegos de Beijing revelan claramente la posición quizá de más alto rango en el COI: la capacidad de influir en la propia filosofía del olimpismo. Los lemas y las consignas creados para los Juegos y las campañas olímpicas de educación que los países anfitriones deben organizar, al espectador descuidado le parecen un alíño retórico para las competiciones Atléticas en la pista, pero en el interior del movimiento del COI, se han tomado con la mayor seriedad. Los agotadores esfuerzos de China en la promoción de sus mascotas y sus consignas, su versión de la educación olímpica, la subvención de conferencias académicas y otras iniciativas forman parte de una campaña para que el *Movimiento Olímpico* admita un humanismo deportivo más “multicultural”.

Esta trayectoria la han seguido con el mismo éxito las naciones asiáticas de Japón, Corea y China que las principales naciones euroamericanas que se encuentran en el centro del *Movimiento*. Es decir, participación en los Juegos y en la gestión del *Movimiento Olímpico*, éxito en la competición, promoción de deportes nacionales, ser sede de los juegos e influencia filosófica es una trayectoria de implicación a fondo y aceptación que China, como Japón, Corea y muchas otras naciones olímpicas centrales, ha cubierto casi en su totalidad. Para decirlo de otra manera, no obstante, aspirar a un rango en el *Movimiento Olímpico* tiene serias consecuencias regularizadoras en la evolución deportiva de una nación, puesto que

debe ajustarse a las exigencias organizativas, financieras e ideológicas del COI.

3. Tiempo olímpico: un proceso temporal normalizador

El tiempo organiza también la actividad olímpica de otras maneras y la misma importancia tienen las implicaciones que tiene su singular unidad cuatrienal llamada Olimpiada. El COI lo formalizó así en los años treinta y lo impone en su proceso organizativo, en su agenda deportiva y en sus campañas publicitarias. Es tanto un intervalo cíclico de cuatro años entre los Juegos de Verano como una cronología lineal que comenzó en la I Olimpiada (siempre con números romanos) con los Juegos de Atenas de 1896. Los Juegos Olímpicos de Beijing 2008 fueron los Juegos de Verano de la XXIX Olimpiada, la cual, de acuerdo con el Texto de aplicación de la Norma 6 de la *Carta Olímpica*, comenzó el 1º de enero de 2008.

Sin embargo, el calendario de requisitos y responsabilidades para cada convocatoria de Juegos de Verano y de Invierno ha originado una temporalidad más elaborada y más duradera que los cuatro años de la Olimpiada propiamente dichos; de hecho, los Juegos de Beijing comenzaron muchos años antes que los Juegos de la Olimpiada y se prolongan mucho después. El efecto es comprometer a los países que aspiran a ser sede olímpica en un amplio proceso de requisitos regularizadores, los cuales podríamos brevemente definir de la siguiente manera.

En primer lugar está el período de la candidatura. Ganar la oportunidad de ser sede de los Juegos Olímpicos puede llevar años de movilización y de contactos con el COI. A menudo las candidaturas con éxito llegan tras campañas sin éxito y los fracasos iniciales aportan valiosas experiencias y la acreditación de una buena imagen. Japón inició su empeño en la posguerra, al comienzo de los años cincuenta, una docena de años antes de celebrar finalmente sus Juegos de Verano. China lo persiguió tenazmente pero sin éxito en los noventa, antes de ganar los juegos de 2008. Los Juegos ahora requieren siempre una larga campaña para crear una argumentación, construir un discurso persuasivo sobre las virtudes de la propia candidatura y desarrollar una detallada planificación económica e inmobiliaria. La campaña tiene que ser doméstica, para recabar apoyos políticos, económicos y sociales internos, e internacional, para persuadir a los miembros del COI.

Una vez que se acepta una candidatura y se designa una sede, comienzan las auténticas preparaciones, cuando un país y unas ciudades ponen en marcha la construcción masiva e intensa de infraestructuras, se negocian las formas y los derechos comerciales, los de difusión y otros, y se planifica la estética y la mercancía promocional de los Juegos. Los Juegos se adjudican ahora con una antelación de seis años, pero se establece formalmente como segundo ciclo el período de cuatro años, desde que se apaga la llama en la clausura de unos Juegos, hasta la inauguración de los siguientes.

Los Juegos propiamente dichos constituyen una tercera unidad temporal olímpica. En las últimas décadas los Juegos se han celebrado durante un período de dos a tres semanas; una de las consignas de Beijing fue "*El mundo nos da 16 días; nosotros le damos al mundo 5.000 años*". Oficialmente, se extienden desde la inauguración hasta la clausura —más exactamente, desde la declaración de

apertura por parte del dirigente de la sede de los Juegos hasta la extinción de la llama olímpica. No obstante, desde que el *Movimiento* incluye a los paralímpicos y desde que éstos se programan con una sucesión cada vez más inmediata, el '*tiempo de los Juegos*' dura unas seis semanas. Por ejemplo, los juegos de Beijing se celebraron entre el 8 y el 24 de Agosto y fueron seguidos por los paralímpicos, utilizando las mismas instalaciones entre el 6 y el 17 de septiembre. Ahora se requiere a las ciudades candidatas que incorporen el compromiso y la planificación para celebrar los paralímpicos, así que en realidad se ha producido una prolongación de la temporalidad de los juegos.

Las competiciones y celebraciones de los Juegos pueden concluir con la ceremonia de clausura, pero con la extinción de la llama comienza el período ilimitado de redacción de artículos y construcción de los legados de esos Juegos. Queda la necesaria tarea de completar y publicar la historia oficial y extraoficial de la Olimpiada (informes, documentales, balances económicos, etc.), pero también queda el trabajo subsiguiente de modelar una literatura retrospectiva, de proteger y bruñir la memoria pública, de situar los Juegos dentro del más amplio espectro de la historia olímpica y la historia nacional y así sucesivamente.

Estos ciclos de cuatro tiempos constituyen una cronología genérica y desde luego el ritmo, la intensidad y el contenido en cada cita de los Juegos han variado significativamente. En parte, tales variaciones dependen del momento histórico y en parte hay diferencias porque cada Olimpiada tiene relación con y está influenciada por la trayectoria de la precedente. De cualquier modo, a estas alturas de la cuarta fase de los Juegos de Beijing, la segunda de los Juegos de Londres 2012 y la primera de los Juegos de Río 2016, está claro que los Juegos de Beijing han seguido un formato temporal bastante predecible, normalizado por los límites del molde.

4. Asia y los Juegos Olímpicos: un siglo de implicación mutua

Antes y después de los Juegos de Beijing, los propios organizadores hicieron repetidas declaraciones, tanto en la literatura popular como en la académica, sobre la novedad de estos Juegos asiáticos. Esta era, intuían muchos, la ocasión en que el *Movimiento Olímpico* tenía que admitir, por fin y completamente, la existencia de la región del Este asiático e incorporar los principios orientales a la filosofía olímpica. Era el momento en que el propio Este asiático podía al fin ser un participante habitual en el *Movimiento Olímpico*.

Hay, sin embargo, una sana dosis de amnesia histórica en tal perspectiva porque las naciones y los atletas asiáticos han estado implicados en el *Movimiento Olímpico* cerca de un siglo, mucho antes de que se apuntara gran parte del resto del mundo no euroasiático. Esto queda claro en una amplia literatura sobre los Juegos Olímpicos en el Extremo Oriente, incluso una sucinta cronología de la implicación asiática demuestra la larga historia de la cercana relación y el compromiso de la región con las organizaciones y los Juegos Olímpicos:

1908-1910: Desde muy pronto, el Barón de Coubertin y el COI trataron con Japón y China sobre su participación. El educador japonés y fundador del judo, Kanō Jigorō, fue el primer miembro asiático del COI en 1908, estuvo en su puesto hasta 1938 y dirigió la mayoría de las delegaciones japonesas a los Juegos durante aquellas décadas. Los educadores deportivos y misioneros de la YMCA (*Asociación Cristiana de Hombres Jóvenes*) del Este y Sureste asiáticos también promocionaron los deportes occidentales, la difusión y el entusiasmo por los Juegos Olímpicos.

1913-1934: Los Campeonatos del Lejano Oriente fueron patrocinados originalmente por la YMCA para promover las competiciones deportivas entre Japón, Filipinas y la República China, tres países en los que actuaba la YMCA. El norteamericano E. S. Brown, autor de la idea original, los bautizó con el nombre de Juegos Olímpicos del Lejano Oriente, pero el incipiente COI objetó y el nombre se cambió a Campeonatos del Lejano Oriente. Los juegos se celebraron cada dos años (y después cada cuatro), rotando entre los tres países, hasta que la invasión japonesa de China en 1937 terminó con ellos, pero aportaron experiencia práctica en la organización de competiciones internacionales multideportivas.

1936-1940: Japón fue el primer país no occidental en recibir la concesión de los Juegos, cuando en 1936 fue aceptada su candidatura para los de 1940. Dos años más tarde, Japón anuló su compromiso tras el estallido de la guerra con China. De todos modos, la nación había hecho una amplia planificación y llevó a cabo sus juegos nacionales para celebrar lo que llamó su 2.600º aniversario. Los Juegos Olímpicos '*perdidos*' de Tokio son parte intrínseca de la historia del COI de la década de los treinta, como demostró Collins.⁶¹

1951 hasta hoy: Los Juegos Asiáticos son una concentración multideportiva cuatrienal sancionada y supervisada por el COI. Los primeros Juegos Asiáticos tuvieron lugar en Delhi en 1951, cuentan con una amplia afiliación asiática, incluyen más deportes que los propios Juegos Olímpicos y sirven a los países y las federaciones deportivas para cumplir una variedad de objetivos nacionales. A partir de los años cincuenta además, la cuestión de las '*dos Chinas*' (el estatus de Taiwan y la RPC) trajo varias décadas de debate sobre la política de representación en el COI y sus organismos de deliberación.

1964-2008: Los Juegos de Verano de Tokio de septiembre 1964 fueron verdaderamente los primeros Juegos Olímpicos Asiáticos, los contactos y la planificación para los mismos habían comenzado en la década anterior. Y fueron seguidos por una serie de encuentros asiáticos, al menos uno en cada década: en 1972 los Juegos de Invierno de Sapporo, en 1988 los Juegos de Verano de Seoul, en 1998 los Juegos de Invierno de Nagano, de nuevo en Japón, y finalmente una década después, en 2008, los Juegos de

⁶¹ Collins, *op cit.*

Beijing.

2001-2009: En 2001, Tokio inició una entusiasta candidatura para sede de los Juegos de Verano de 2016. En 2007, el COI la designó *Ciudad Solicitante* y, en 2008, Tokio fue elegida *Ciudad Candidata*, rivalizando con Chicago, Río de Janeiro y Madrid. En 2009, Río fue elegida para sede, pero Tokio puede renovar su campaña para los Juegos de Verano 2020, junto con otras ciudades asiáticas.

La importancia de esta cronología para mi es dejar claro que los Juegos Olímpicos de Beijing no fueron el momento en que Asia se plantó en el centro del escenario olímpico. Tuvieron lugar exactamente cien años después de que Kanō Jigorō entrara en el COI. Durante ese siglo, los países del este asiático, separadamente o como región, a veces en conjunto y a veces rivalizando, se han puesto a la cabeza del *Movimiento Olímpico*: como naciones afiliadas, como potencias atléticas, como sedes de los Juegos, como instigadores de reyertas políticas, como poderosas audiencias televisivas y como lucrativos mercados para la mercadería olímpica. ¿Cuál ha sido el peso de esta historia regional y qué fuerza ha ejercido sobre los Juegos de Beijing?

5. En las competiciones olímpicas no es solo quién gana sino qué es lo que está en juego

Una cuarta forma en que los Juegos de Beijing entran en la trayectoria *'normal'* nos lleva al corazón del *Movimiento Olímpico*, donde siempre lo que ha estado en juego ha sido bastante más que proclamar campeones atléticos. Ni le quito importancia ni perdono las graves intervenciones del gobierno Chino relacionadas con el año olímpico, incluyendo las violaciones de los derechos humanos, la censura de la prensa, la contaminación ambiental, la represión en el Tíbet, el apoyo a regímenes represores como el de Sudán, y tantas otras. Ni rechazo el importante y profundo debate sobre si corresponde al *Movimiento Olímpico* y a la participación (o al boicot, como parecía a principios de 2008) de los equipos nacionales y de los atletas individuales enfrentarse a tales medidas y prácticas y de qué manera deben hacerlo. Pero es importante considerar estos hechos desde la perspectiva de más de un siglo de política olímpica nacional e internacional.

Hay muchos que ven la historia de estos Juegos Olímpicos como una larga y finalmente perdida batalla en la que los visionarios ideales de Coubertin de esfuerzo amateur y camaradería global quedaron gradual pero inexorablemente descoloridos por el nacionalismo partisano y el grosero comercialismo. En mi opinión, esta es una lectura muy equivocada. Aunque el alcance de las controversias en torno a los Juegos de Beijing puede haber superado las de numerosos juegos anteriores, las controversias políticas y económicas han sido parte inseparable de los modernos juegos Olímpicos desde las disputas por la contribución económica griega a los Juegos de 1896 y las discusiones inmediatamente después de 1896 entre trasladar los juegos a otras sedes o dejarlos en Atenas. Las expulsiones de Taiwan y del régimen de *apartheid* de Sudáfrica, los boicots dirigidos por EE.UU. en 1980 y por la U.R.S.S. en 1984, los asesinatos

terroristas de atletas israelíes en 1972, las masivas manifestaciones estudiantiles y los asesinatos policiales en Ciudad de México, la ostentosa politización que Hitler hizo de los Juegos de Berlín, la corrupción y los sobornos que precedieron a los Juegos de Salt Lake City, estos casos y muchos otros hacen inverosímil cualquier intento de encontrar un pasado en que los Juegos existían libres de la política. Avery Brundage, durante su larga etapa de presidente del COI a menudo insistía en voz alta en que *'La norma cardinal de los Juegos Olímpicos es política no,'* dando pie al incisivo analista deportivo David Zirin a responder irreverentemente *'¡...lo que es como decir que la norma cardinal del boxeo es puñetazos no!'*⁶².

Los Juegos Olímpicos nunca tuvieron un pasado impoluto. Les concedemos el centro del escenario entre los deportes del mundo, no porque el mensaje del olimpismo sea tan claro ni tan inequívoco, sino justamente porque es impreciso, tan rebatible por interpretaciones rivales, tan adaptable a múltiples agendas y propósitos. Valoramos los Juegos Olímpicos no por su pureza, sino por sus imperfecciones, no porque estén por encima de la refriega, sino porque constantemente nos implican en debates de política, economía y cultura que incomodan a los individuos y a las naciones. ¿Son los Juegos Olímpicos un campo de juego o un campo de batalla entre naciones? ¿Deben los Juegos Olímpicos dar preeminencia al logro individual o al prestigio nacional? ¿A quién se exhorta a correr más rápido, a saltar más alto y a ser más fuerte? Esto es ¿exhiben los Juegos Olímpicos a los individuos más fuertes o a las naciones más poderosas? Ciertamente la carrera por las medallas entre los equipos nacionales indicaría con qué frecuencia la balanza se ha inclinado del lado del fervor patriótico y la competición nacionalista.

¿Y los poderosos intereses comerciales, tanto dentro del COI (que es uno de los más estrictos defensores de los lucrativos derechos de la propiedad intelectual entre las grandes corporaciones y los principales medios de comunicación internacionales), como en los intereses locales y nacionales de las propias sedes, han dominado ya por completo al espíritu de deportividad y secuestrado a la organización y al alma de los Juegos? Sin embargo, tan poca novedad hay en las presiones comerciales como en las ambiciones políticas. Los Juegos Olímpicos no se ven amenazados por la irreconciliable distancia entre los elevados ideales y la dura realidad. Siempre han estado columpiándose entre los dos. La pugna por la pureza, el orgullo y el beneficio económico ha dado una inestabilidad perpetua a la retórica y a la actividad del *Movimiento Olímpico*.

La política y la economía han sido el meollo de las controversias en el *Movimiento Olímpico*, sin lugar a dudas, pero no debemos olvidar que los Juegos han sido también la plataforma internacional más importante para las disputas más intrincadas y permanentemente inconclusas sobre la naturaleza del deporte moderno propiamente dicho. De todas, la más antigua ha sido la cuestión de la sensible frontera entre los amateur y los profesionales. El rendimiento de élite en los niveles más altos de competición siempre pone en entredicho cualesquiera

⁶² Zirin, 'The Olympics', page 127.

medidas diseñadas y aplicadas para imponer la condición de amateur. Este embrollo es anterior a los propios Juegos olímpicos: el fútbol, el rugby, el críquet, el béisbol y el fútbol americano, todos fueron asolados por las disputas sobre el tema de los amateur en el siglo XIX. Pero a lo largo de todo el siglo XX y hasta hoy, han sido los Juegos Olímpicos los que han reunido a la élite más alta de aficionados en una enorme lista de deportes individuales y de equipo para cubrir el abanico del interés del espectador y del potencial de mercado. Por eso, han sido los Juegos Olímpicos el lugar de encuentro más destacado para establecer una línea definitoria que ha sido constantemente desplazada y a menudo trazada de modo diferente por los deportes olímpicos y por sus federaciones internacionales. Desde atletas apenas por encima del nivel de entretenimiento hasta profesionales de baloncesto de la NBA, los Juegos de 2008 compaginaron el espectro completo de los deportes, desde los de ocio a los profesionales.

Otros temas han puesto también a los deportes en el centro de cuestiones fundamentales. Durante medio siglo, la determinación del sexo de los atletas, específicamente del sexo femenino, ha enturbiado a los Juegos Olímpicos, desde las crueles inspecciones visuales de los años sesenta a los análisis de cromosomas en los Juegos de 2008. No terminará nunca, porque la dicotomía hombre-mujer que impone el deporte moderno, sobre lo que es en realidad una clina de la psicología y la endocrinología, obliga a una constante reconsideración de la definición de identidad sexual.

De igual modo, desde que el COI admitió los Juegos Paralímpicos, el *Movimiento Olímpico* pone en evidencia cada vez más la arbitrariedad de nuestros intentos para distinguir al 'capacitado' del 'discapacitado'. En 2008, pudimos comprobar cómo varios atletas intentaron ser admitidos tanto para los Juegos Olímpicos como para los Paralímpicos, y el caso más notorio, el del corredor sudafricano Oscar Pistorius, planteó para científicos, abogados y gestores deportivos por igual la divisoria fundamental entre los humanos y los *ciborg*. Corriendo tan rápido con sus piernas ortopédicas '*cheetah*' mostró de forma tangible la cuestión que muchos deportes se platean cotidianamente: ¿Dónde termina el ser humano y comienza la máquina? ¿Cómo diferenciamos la tecnología que vale y la que no vale en esquís, cuchillas, raquetas, balones y otros accesorios deportivos?

Y hay otros interrogantes en pie en todo el abanico de deportes olímpicos. ¿Cuál es la edad mínima adecuada para la competición en los deportes de élite? Una cuestión que ha generado ácidas disputas en deportes como la gimnasia, el tenis y el patinaje sobre hielo. ¿Y la rehabilitación médica y la ayuda farmacológica cuándo se transforman en propiciatorias del juego sucio? El abuso de las sustancias y el *doping* han causado tragedias y escándalos desde el principio de los Juegos. Lo nuevo no es el hecho de buscar extremos competitivos, sino la pugna cada vez más enconada entre el engaño y la detección. También en esto los Juegos de Beijing no fueron más que el último capítulo por ahora.

Lo que los Juegos olímpicos presentan ante los ojos del mundo nos es únicamente una política deportiva del cuerpo sino también del espíritu.

Ciertamente nos plantean la paradoja más fundamental de todos los deportes modernos. ¿Jugamos para ganar o jugamos para participar? Ninguna otra gran concentración deportiva en el escenario mundial yuxtapone estas dos actitudes humanas ante la competición física tan diferentes en lo fundamental. Ni la FIFA, ni Wimbledon, ni la Super Bowl, ningún otro encuentro: en todos lo que importa es ganar. Solamente los Juegos Olímpicos dan el mismo tiempo y el mismo valor a los muchos que vienen no por las medallas de la victoria, sino por los recuerdos del compañerismo. A pesar del elitismo de la consigna olímpica (*'Mas rápido, más fuerte, más alto'*), los Juegos siempre suscitan nuestra empatía con *'el más lento, el más débil, el más bajo'*. No nos olvidemos de que casi la mitad de las 222 naciones que han competido en los Juegos desde 1890 nunca han ganado una sola medalla. El desfile riguroso y formal de las naciones en la ceremonia de inauguración contrasta ostensiblemente con las estampas de atletas compartiendo relajadamente en la villa Olímpica y su amistosa y caótica mezcolanza en la ceremonia de clausura. Estas son las dos caras de los Juegos Olímpicos y son las dos caras de los deportes modernos y ningún otro encuentro deportivo en el mundo ejemplifica tan vívidamente la presión de la competición y el gozo de la participación.

Una tensión filosófica igualmente fundamental —y la que ha sido más percibida en los tres Juegos de Verano del Este asiático— es la aparente contradicción entre la expresa y arrogante inspiración clásica occidental de los modernos Juegos Olímpicos y su igualmente insistente pretensión de representar los valores y aspiraciones universales. Si el *'espíritu olímpico'* es el de *'amistad, solidaridad y juego limpio'* ¿es ese solamente un valor provinciano occidental o es un humanismo universal? Tales dudas tenían perplejo al mismo Coubertin, quien desde muy temprano previó la participación de todas las naciones del mundo y que ha incentivado a las naciones del Este asiático, al menos desde los proyectos de Japón para los Juegos de 1940.

En suma, los deportes como juego o como política, como festival o como competición, como logro personal o como orgullo nacional, como aficionado o como profesional, la conquista humana y los límites de la ayuda externa, la indefinida divisoria entre el capacitado y el discapacitado y las aspiraciones universalistas de los principios olímpicos: todas estas cuestiones han sido a la vez grietas divisorias y elementos constitutivos de cada uno de los últimos encuentros olímpicos.

Los Juegos Olímpicos son tan populares, poderosos y lucrativos precisamente porque siempre han sido un escenario donde nuestras tensiones y disputas más importantes —de deportes, de política, de diplomacia, de negocios, de raza y género, de en qué consiste ser humano— se han expuesto y representado —y resuelto solo precariamente— de Olimpiada en Olimpiada. Son un pararrayos para la controversia y una piedra de toque tanto de nuestras ansiedades más profundas como de nuestras ilusionadas esperanzas.

Es precisamente porque estos interrogantes nunca quedan resueltos por lo que en el corazón del *Movimiento olímpico* se mantiene una *'permanente inestabilidad'* y esto me trae de nuevo al punto central de mi argumento. El año de

los Juegos de Beijing tuvieron sin duda momentos de grandiosidad asombrosos (como la ceremonia de inauguración) e incidentes problemáticos de represión estatal y protestas populares (como las actuaciones en el occidente chino y las manifestaciones contra el relevo de la antorcha en los distintos continentes). Los mismos Juegos batieron marcas en derechos de difusión, atención mediática, ingresos por publicidad, costes de edificación, número de voluntarios locales y otros elementos de producción. Y por supuesto, las propias competiciones produjeron logros atléticos que continuaron elevando los límites de realización y de resistencia física del ser humano. Sin lugar a dudas, la amplitud e intensidad de las coberturas mediática y académica estuvieron justificadas por la magnitud de este mega encuentro. Con todo ello, fueron unos Juegos Olímpicos más, los XLVII Juegos (contando los de invierno y los de verano) y las persistentes declaraciones de que 2008 fue un año de excepcionalismo olímpico, que los Juegos transformarían al *Movimiento Olímpico* y que sus excesos excedían incluso las proporciones olímpicas han demostrado ser engañosas. Por todas las razones que he esbozado aquí, es crucial valorar la peculiaridad de los Juegos Olímpicos de Beijing dentro del Movimiento Olímpico moderno y como el testimonio más reciente de la permanente importancia de las naciones del Este asiático en la conformación de nuestra experiencia deportiva más global.

Referencias Bibliográficas

- Brownell, S. E. (2008). *Beijing's Games: What the Olympics Mean to China*. Lanham, MD: Rowman & Littlefield.
- Caffrey, K. (ed). (2009). Promoting China in the World: Soft and Hard Power Politics—China after the Olympics. Special issue. *International Journal of the History of Sport*, 26, no. 8, pp. 105-153.
- Cha, V. D. (2009). *Beyond the Final Score: The Politics of Sport in Asia. Contemporary Asia in the World*. New York: Columbia University Press.
- Close, P., Askew, D., Xin, X. (2007). *The Beijing Olympiad: The Political Economy of a Sporting Mega-Event*. London and New York: Routledge,
- Collins, S. (2007) *The 1940 Tokyo Games, the Missing Olympics: Japan, the Asian Olympics and the Olympic Movement*. Sport in the Global Society. London and New York: Routledge.
- Dyreson, M. (2010). Reading American Readings of Beijing 2008. *International Journal of the History of Sport*, 27, no. 14, pp. 2510 - 29.
- Hong Fan, Mangan, J.A. (2010)eds. Post-Beijing 2008 – Geopolitics, Sport and the Pacific Rim. Special issue. *International Journal of the History of Sport*, 27, no. 14-15, pp. 2333-652.
- Grant, J., Hwang, D.J., Brennan, M. (2008). *Sport, Revolution and the Beijing Olympics*. Oxford and New York: Berg.
- Citius, Altius, Fortius Volumen 4 nº 1 Mayo, 2011. ISSN: 1888-6744

- MacAloon, J. J. (1984). Olympic Games and the Theory of Spectacle. In *Rite, Drama, Festival, Spectacle: Rehearsals toward a Theory of Cultural Performance*, edited by John J. MacAloon, 241-80. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Mandell, R. D. (1974). *The First Modern Olympics*. Berkeley: University of California Press.
- Mangan, J. A. (ed). (2008). Preparing for Glory: Beijing 2008 – Chinese Challenge in the ‘Chinese Century’ Special issue. *International Journal of the History of Sport*, 25, no. 7, pp. 751-951.
- Martínez, D. P., (ed). (2010). Documenting the Beijing Olympics. Special issue. *Sport in Society: Cultures, Commerce, Media, Politics* 13, no. 5, pp. 745-918.
- Min Wu, Zhen Xu. (2010). Mirroring the Olympic Games – the Beijing 2008 Olympic Games in the American Media’. *International Journal of the History of Sport*, 27, no. 9, pp.1794 - 808.
- Ouroussoff, N. (2008). In Changing Face of Beijing, a Look at the New China. *New York Times*, July 13, Section A, 1, 14.
- Price, M. E., Dayan, D. (eds). (2008). *Owning the Olympics: Narratives of the New China*. Ann Arbor: University of Michigan Press and University of Michigan Library.
- Qing Luo, (ed.). (2010). Encoding the Olympics: The Beijing Olympic Games and the Communication Impact Worldwide. Special issue. *International Journal of the History of Sport* 27, no. 9-10, pp. 1405-875.
- Smith, M. L. (2004). *Olympics in Athens 1896: The Invention of the Modern Olympic Games*. London: Profile Books.
- Whannel, G. (2002). *Media Sport Stars: Masculinities and Moralities, Communication and Society*. London and New York: Routledge.
- Xu Guoqi. (2008). *Olympic Dreams: China and Sports, 1895-2008*. Cambridge and London: Harvard University Press.
- Zirin, D. (2007). The Olympics: Gold, Guns, and Graft. In *Welcome to the Terrordome: The Pain, Politics, and Promise of Sports*, edited by Dave Zirin, pp. 126-47. Chicago: Haymarket Books.